

R
#24142

LA

ILUSTRACION IBÉRICA

SEMANARIO CIENTIFICO, LITERARIO Y ARTISTICO

redactado por los más reputados escritores de España y Portugal

É ILUSTRADO

POR LOS MEJORES ARTISTAS DEL UNIVERSO

TOMO PRIMERO

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS

CÓRTES, 365 Y 367

1883

B N
36



hen desconfian-
as, ya hasta ridi-
culas, y se den un
cordial abrazo
que, lejos de me-
noscabarsu res-
petable independen-
cia, ha de produ-
cir, como prime-
ro y natural elec-
to, el de libertar-
los de influencias
y de presiones ex-
trañas y, por lo
mismo, interes-
adas y humillantes.

La ILUSTRACION
IBÉRICA ha de con-
tribuir al indicado
fin, en cuanto sus
fuerzas se lo per-
mitan, populari-
zando en España
la literatura por-
tuguesa y los co-
nocimientos res-
pecto al vecino
reino y en Portu-
gal la literatura y
las noticias sobre
el estado, condi-
ciones y verdade-
ra índole del pue-
blo español. Nada
más á propósito
para que portu-
gueses y españo-
les se conozcan
mutuamente, y
naciones como las
que constituyen
la *Península ibé-
rica*, cuando se
conocen, se aman.

Del propósito
que dejamos indi-
cado, causa fun-
damental de la pu-
blicación que nos
disponemos á dar
á luz, se despren-
den dos natura-
les consecuen-
cias: es la primera
que la ILUSTRACION
IBÉRICA, dan-
do cabida en sus
columnas, á los
trabajos científicos,
literarios y
artísticos de sus
laboradores, á
quienes deja la
más completa li-
bertad de criterio
por lo tanto, la
responsabilidad
sus afirmacio-
es, habrá de re-
cazar cuanto
contradiga el fin
primordial que se
propone, cuanto
pueda constituir
una ofensa para
cualquiera de las

naciones, cuanto pueda molestar ó herir la susceptibi-
lidad de una ú otra.
La consecuencia segunda es asimismo rigurosamente
ética. Abrigamos la convicción de que todos los hombres



eminentes, ver-
daderamente ilus-
trados y pensado-
res de ambos paí-
ses, comparten
nuestras ideas, y,
por lo tanto, sería
tarea inútil la de
dirigirse sólo á
ellos, mientras
que no puede mé-
nos de producir
buenos frutos la
propaganda he-
cha en la masa del
pueblo de ambas
naciones. Por lo
tanto la ILUSTRACION
IBÉRICA, que
publicara artícu-
los científicos, re-
vistas críticas,
novelas, poesías,
etc., etc., de es-
critores de tanta
fama como los que
forman la lista
que va á la cabeza
del presente pros-
pecto, la ILUSTRACION
IBÉRICA, que
dará grabados co-
mo los mejores de
las publicaciones
de su misma índole,
nacionales y
extranjeras, y
que obsequiará á
sus suscritores
con

UN IMPORTANTE REGALO SEMANAL

la ILUSTRACION
IBÉRICA, decimos,
digna por su tex-
to de las personas
más inteligentes
y de más gusto,
estará, por su pre-
cio, al alcance de
todas las clases
sociales, hasta de
las menos favore-
cidas por la for-
tuna.

Es inútil mani-
festar que, para
acometer tamaña
empresa, nos ha-
sido preciso rea-
lizar costosos sa-
crificios y hacer
grandes dispen-
dios y que, en
ella, aun pudiendo
conseguir gloria,
el provecho tiene
que ser para no-
sotros, ó muy es-
caso ó nulo. Mas
la primera, si la
logramos, satis-
fará por completo
nuestras aspira-
ciones, y para na-

da echaremos de menos el segundo.

Reunir buenos originales y buenos grabados en una
publicación y fijar el importe de ésta en cantidad tan ínfima
que aun los menos pudientes estén en disposición de



SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO
COLABORADORES

BIRUMA (DOÑA PATROCINIO DE).—MENDOZA DE VIVES (DOÑA MARÍA).—OPISSO (DOÑA ANTONIA).—PARDO BAZAN (DOÑA EMILIA).—ALAS (DON LEOPOLDO).—BLANCO ASENJO (DON RICARDO).—BLASCO (DON EDUARDO).—BRAGA (DON TEÓFILO DE).—CAMPOAMOR (DON RAMON DE).—GARCERANOS DEL CASTILLO (DON ANTONIO).—CASTELAR (DON EMILIO).—CASTILLO (DON RAFAEL).—ECHEGARAY (DON JOSÉ).—ESCUDÉ (DON MANUEL).—FRONTAURO (DON CARLOS).—GENER (DON POMPEYO).—GÓMEZ LEAL (DON ANTONIO DUARTE).—GONZÁLEZ SERRANO (DON URBANO).—LAGARTES (DON MANUEL).—LUSTOSO (DON EDUARDO).—MAÑÉ (DON JUAN).—MARTÍ Y FOLGUERA (DON JUAN).—MAS (DON ADOFO).—MIQUEL Y BARRIA (DON FRANCISCO).—MORAYTA (DON MIGUEL).—NUÑEZ DE ARCE (DON GASPAR).—OPISSO (DON ALFREDO).—PALACIO VALDES (DON ARMANDO).—PALACIO (DON EDUARDO DE).—PALACIO (DON MANUEL DEL).—PALAU (DON MELCHOR DE).—PÉREZ AZNAR (DON JUAN).—PÉREZ COSSIO (DON LEONARDO).—PÉREZ GALDÓS (DON BENITO).—PI Y MARGALL (DON FRANCISCO).—SÁNCHEZ PÉREZ (DON ANTONIO).—SAMPERE Y MIQUE (DON SALVADOR).—SERRATE (DON JOSÉ MARÍA).—UGUET (DON JUAN JUSTO).—ZORRILLA (DON JOSÉ) Y OTROS.

PROSPECTO

ESPAÑA y Portugal, miembros de la gran familia latina, son algo más que dos pueblos que reconocen un mismo origen y que tienen ó deben tener igual porvenir e idénticas aspiraciones: son dos hermanos que ocupan habitaciones contiguas, aunque independientes, del hermoso edificio llamado *Península ibérica* y que si, en otro tiempo, bastante lejano, por fortuna, sostuvieron querellas y se vieron separados por disensiones, que deben recibir la calificación de domésticas, viven hoy en paz y en buena armonía, como cumple á hijos de una misma madre que, llegados á su mayor edad, reconocen y deplo- ran los extravíos á que les condujeron la inexperiencia y los arrebatos propios de la juventud, y naturales y comprensibles, ya que no disculpables, en ella.

No hay en España un espíritu pensador y sensato que sueñe hoy en conquistas y absorciones, tan imposibles como odiosas; no



hay en Portugal hombre que reuna las mencionadas cualidades, que abrigue en su pecho el menor sentimiento de odio, ni dé cabida en su mente á la más mínima idea de desconfianza, respecto al pueblo español. Y ni en una ni en otra de ambas naciones, deja desconocerse la necesidad de que se estrechen entre las dos los vínculos del cariño fraternal, las relaciones morales é intelectuales, vida espiritual de los pueblos, y las relaciones comerciales, las comunicaciones, las franquicias que forman la vida material de los mismos. Bastante tiempo han tenido separados, á portugueses y españoles, el recelo y la animosidad, producto de causas que no es éste sitio de examinar, pero cuya responsabilidad no puede ser justamente atribuida á uno á otro país, y hora es ya que, dejándose llevar sus generosos impulsos, comprendiendo sus verdaderos intereses, en armonía con aquellos, depongan resentimientos y de-

desprenderse de ella, es casi imposible, si se mira bajo el aspecto del negocio; es cosa, no fácil, pero tal vez realizable, cuando no se llevan otros fines que los de hacer una obra útil: contribuir á que el extraviado gusto del pueblo se depure y perfeccione, y propagar una idea que, cual la enunciada en párrafos anteriores, es á nuestro juicio trascendental é importante y puede hacer de dos países, hoy postergados é impotentes, dos naciones más ricas y poderosas que lo fueron ya, un tiempo.

Las páginas de gloria abundan en la historia de ambos reinos: uno y otro, ántes y después de su separación, lucharon valerosamente contra el infiel, formando la tan grandiosa epopeya que se llama la Reconquista; uno y otro contribuyeron á la meritoria obra de llevar á apartadas regiones, habitadas por pueblos salvajes ó, por lo ménos, muy atrasados, las luces, las ideas, la civilización y las creencias de Europa, sacrificando para ello su sangre y su oro en empresas que, visto el éxito, se tacharon de interesadas, pero que todas las demás naciones desecharon ó no acometieron por quiméricas ó ruinosas, y en las que se portaron, portugueses y españoles, con mayor grandeza, con más benignidad (lo cual no quiere decir que su comportamiento fuese irreprochable), que otros países colonizadores tenidos injustamente por más cultos y adelantados y que no hubieron de luchar con los terribles obstáculos hallados á su paso, por los primeros conquistadores del Nuevo Mundo.



España y Portugal, en fin, apenas hace setenta años, peleaban nuevamente juntas, y unían sus esfuerzos, sus hombres, sus recursos, en pro de la más noble de las causas: de la causa de la independencia.

Si entonces el supremo peligro no hubiese hecho á los dos países coligarse, es posible que el éxito de la guerra hubiera sido muy distinto y que ambos gimieran aún bajo el yugo extranjero; sin Bailén, no se hubiese llegado á Torres Vedras; sin Torres Vedras, no habrían sido sus reales aliados bajo muros de Bayona. ¿Cómo dudar en vista de he tan reciente y tanta elocuencia del porvenir de la Península, el día que una y otra nación, siempre independientes, se dirijan de comun acuerdo, al logro de determinado fin?

Es pues, que el público no en nuestra sa, presta una cooperación que será, á la vez, un acto de patriotismo y una obra de cultura que podrá servir á unir á los dos pueblos, nuestro con lo cual, no sólo nos habrá dado su apoyo el primer paso para el primer car los b que de ello resulten. Y no se r tache de inmodestos porque n produzcamos a ya que no comos para la re zación de nuest propósitos con propias, esca fuerzas.

al hablar como lo hacemos, pensamos en las inteligencias, en las voluntades enérgicas, en honradas, en las elegantes y castizas plú escritores nos han honrado prometié

que continuamente hemos de solicitar sea efectiva, poniendo para conseguirlo todos los medios que estén á nuestro alcance.

En su consecuencia, púedese tener la seguridad de que á la misma altura que los primeros números han de estar los sucesivos, de que no tratamos de constituir con aquellos un aliciente para los incautos y publicar en éstos trabajos de escasa importancia, debidos á plumas adocenadas. Como empezamos, continuaremos, y así concluiremos también, si llega la hora de dar por terminada nuestra misión.

El público sabe ya, por la experiencia adquirida al pres-

tar su apoyo á nuestras numerosas publicaciones, que no sólo cumplimos nuestras promesas, sino que vamos siempre más allá de lo ofrecido. No queremos otro juez en la ocasión presente, pues estamos seguros de que, al pronunciar su fallo, reconocerá que no hemos perdido la indicada costumbre, admitiendo como buena, la prueba que le damos en las siguientes

CONDICIONES:

La ILUSTRACION IBÉRICA se publicará semanalmente, á



ALBARRAN, AMOY, S.A., 1883.

del día 6 de Enero de 1883, constando de ocho páginas el tamaño del presente PROSPECTO, conteniendo escogida lectura y muchos y notables grabados de los mejores artistas nacionales y extranjeros, y dan-

REGALO EN CADA NÚMERO

un magnífico grabado de gran tamaño, tirado aparte y á pósito para ser colocado en un cuadro ó para formar album artístico de verdadero mérito.

Siempre que cualquiera circunstancia lo haga necesario, publicará un número de diez y seis páginas y, por lo tanto, á doble precio, para los no suscritores, pero que se

servirá á nuestros abonados, sin aumento alguno en los siguientes

PRECIOS DE SUSCRICION

ESPAÑA Y PORTUGAL	EXTRANJERO
Un año pesetas 7'50	Un año pesetas 12'50

CUBA Y PUERTO-RICO

Un año	3 pesos oro
------------------	-------------

PRECIO DEL NÚMERO CORRIENTE

Pesetas 0'15

PRECIO DEL NÚMERO ATRASADO

Pesetas 0'25

En América fijan los precios los Sres. Corresponsales.

ADVERTENCIA.—Hemos solicitado la colaboración de otros distinguidos escritores, á quienes no incluímos en la lista que va á la cabeza del presente Prospecto por no haber recibido todavía su contestación.

para suscripciones, pedidos y reclamaciones al Establecimiento editorial de D. RAMON MOLINAS, Córtes, 365, BARCELONA, ó á sus corresponsales en provincias.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE BERNABÉ BASEDA. — VILLARROEL, 17, BARCELONA.



LA ABUELA

SUMARIO

TEXTO.—*La Semana*, por F. Blasco.—*Bosquejos nacionales*, por P. de Biedma.—*Los transeúntes*, por Clarín.—*Soneto*, por M. del Palacio.—*Nuestros grabados*.—*«Esta en decadencia nuestro teatro»* por A. Sánchez Pérez.—*Sobre la teoría moderna del color*, por J. Echegaray.—*Orígenes orgánicos del arte*, por T. de Braga.—*El mejor del desierto*, por R. Blanco Asenjo.—*Los héroes del rutgacho*, por M. Morayta.

GRABADOS.—*La abuela*.—*Har de beber al sediento*.—*Miramar*.—*Paloma correa*.—*El tocado de la niña*, (grabado suelto, de regalo).

LA SEMANA

EL egoísmo es, á veces, obligatorio y entonces deja de ser vicio.

Voy á demostrarlo así por un medio tan práctico y concluyente como el de andar para probar el movimiento: es decir, siendo egoísta, ocupándome ante todo del *yo* y cumpliendo, al hacerlo así, un deber de cortesía y de compañerismo.

El *yo* de que trato, no soy *yo*, sino otro *yo*: el *yo* ILUSTRACION IBÉRICA, en el que me corresponde sólo una mínima parte, no por obra de varón sino milagrosamente.

Empiezo, pues, esta revista, levantando acta del nacimiento de la susodicha publicación, premisa indispensable para que ésta, ya oficialmente viva, pueda dirigirse á todos sus colegas como lo hace, para enviarles un cariñoso y fraternal saludo.

Y aquí entro yo, — como dicen que dijo Quevedo, — el verdadero yo, que también me creo en el caso de saludar á todos mis hermanos de pluma, que así deben llamarse, supuesto que los militares son, los unos respecto de los otros, hermanos de armas.

Con todo, debo hacer la aclaración de que me refiero á los escritores, para evitar que algun lector, en vista de lo soso de mis artículos, suponga que mis hermanos de pluma son los pavos.

¡Los pavos!.... ¡Qué hermosa ocasión se me presenta para hablar de tan apetitosos animales, que complicados con los turrónes, los mazapanes, los vinos, los licores, las jaleas y los jaleos, constituyen casi lo único digno de mención de la pasada y aún de las pasadas semanas!

Pero, después de tanto egoísmo, es muy justo que me muestre caritativo con los lectores, prescindiendo de repetir aquí una serie de lugares comunes y de frases hechas que, en fuerza de verlas una y otra y otra vez en letras de molde, sabrán de memoria.

Mi caridad, sin embargo, no puede llegar hasta el punto de prescindir de consignar que el año nuevo ha empezado de un modo bastante triste.

Su primera efeméride señala la muerte de un hombre ilustre, la extinción de una inteligencia tan privilegiada como la de Leon Gambetta.

El gran patriota francés ya no existe.

No añadiré una palabra más en su elogio.

Para encontrar algo digno de ser referido, aparte del infausto hecho citado, es necesario buscarlo fuera de los estrechos límites de los últimos siete días.

Los hermanos Echegaray, unidos, tiempo há, en matrimonio perpetuo é indisoluble, el uno con Melpoméne, y con Talía el otro, han visto aumentada su prole con dos nuevos vastagos: *Conflicto entre dos deberes* y *Sin familia*.

Ambas producciones cumplen su respectiva misión: la una conmueve, la otra excita la hilaridad; las dos hacen meditar y enseñan algo. ¿Qué más puede pedirse?

No soy político, lo cual no quiere decir que sea grosera. Así, pues, no he de hablar de los debates recientemente sostenidos en las Cámaras; pero sí consignaré que, en mi

humilde opinión, han demostrado aquellos que España posee los mejores oradores del mundo y dos verdaderos hombres de Estado: Cánovas del Castillo y Castelar.

El imperio alemán, con ser tan grande, no tiene más que al gran canceller.

Por la razón ya indicada, tampoco puedo tratar de las últimas elecciones de diputados provinciales, que dieron lugar, entre otros, al siguiente diálogo:

— ¿No va á votar su esposo de V.?

— No, señor.

— Pues, qué, ¿no tiene voto?

— Si, señor; pero no tiene... botas.

Para terminar.

Hallábanse, no hace mucho, en una reunión el famoso Lesseps y Alejandro Dumas.

La dueña de la casa rogó al primero que escribiese algo en un álbum, y el ilustre ingeniero tomó la pluma y trazó las siguientes palabras:

« Si las mujeres hermosas fuesen istmos... »

Alejandro Dumas, que leía por encima del hombro de Lesseps, concluyó así la frase:

— Los hombres seríamos continentes.

EDUARDO BLASCO.

BOSQUEJOS NACIONALES

Las colectividades como los individuos, los pueblos como las personas, sufren á veces debilidades tan incomprensibles que, sin causa conocida, perturban sus cualidades morales, arrastrándolas desde la cima de las grandezas humanas al abismo de las pequeñeces más pueriles, en persecución de mezquinos objetivos.

El pueblo español, tan celoso de su honra nacional; tan valiente y decidido en su defensa; tan pródigo de su sangre y de su oro, si de guardar ó defender sus ideales se trata, es poco celoso, más aún, es indiferente para velar por la fama de su buen nombre, que constituye su espíritu en acción, y que se forma, no ya de la memoria de sus actos públicos, sino del reflejo de sus actos privados.

Debilidad es, queremos creerlo así, la que permite, si es que no aprueba, que la exageración de nuestros tipos y costumbres populares de Andalucía nos presente á los ojos de los extranjeros como anacronismos ridículos en medio de la civilización europea, y les ofrezca risibles modelos para sus descripciones de costumbres universales.

Risa darían, sino dieran pena, y aún pudiéramos decir vergüenza, los *bosquejos nacionales* que España les ofrece para que formen su juicio y lo trasmitan á la historia.

Hemos dicho que da vergüenza esa degradación que explota en provecho de un interés particular, y por lo mismo mezquino, la idea equivocada que de nosotros se tiene fuera de España, y aún debiéramos decir que produce indignación la complacencia con que se prestan á la caricatura burlesca, esos tipos falsificados que sólo exigen en cambio de su grotesca farsa, el dinero con que la pagan los que piensan que estudian así del natural las costumbres de nuestro pueblo.

Apénas un libro extranjero sale relatando al mundo cómo se vive en el pueblo de *pan* y *toros*, cuando la España culta, la España ilustrada é inteligente, protesta con desden de los absurdos que allí se exponen, y la verdad es que, en la mayoría de los casos, si hay error no debe culparse en absoluto al autor del retrato, sino á los abigarrados modelos que se le han ofrecido para que copie nuestros tipos, para que dibuje nuestros bosquejos nacionales.

Los extranjeros no buscan jamás al pueblo español en Madrid; saben muy bien que allí, desde la aristocrática dama hasta la garbosa ex-manola, visten según la moda francesa, viven según el gusto del día, y hasta piensan en armonía con el espíritu del progreso moderno.

En Madrid, pues, las artes, la riqueza, el lujo, las di-



ersiones, revisten las mismas fases que en cualquiera de las capitales del mundo, y excepción hecha de los toros, siempre nacionales, y de alguna que otra fiesta andaluza donde se exhibe algún tipo *flamenco*, casi a escondidas, y como si huyera de ser juzgado por la crítica que autoriza los espectáculos cortesanos con su probación, ó los anula con su irónico desden, excepción hecha de esos contados rasgos de la fisonomía propia, Madrid no tiene para el viajero que nos estudia como un pueblo original y extravagante, encantos de ningún género. La gran atracción para esos coleccionadores de tipos universales está en las provincias españolas, está sobre todo en Andalucía, está en su centro, que es Sevilla.

No pueden quejarse, á la verdad, esos curiosos, de no encontrar preparado el apetitoso manjar de lo desconocido que vienen á saborear desde sus cultos países, sonriendo de antemano á lo sabroso del contraste.

Tan desconocidos, tan originales, tan nuevos son los platos exclusivamente confeccionados para ellos, que nosotros mismos los hallamos extraños.

Ni nuestro carácter, ni nuestras costumbres, ni nuestros gustos, ni nuestro idioma, ni siquiera nuestros defectos, llegan á conocer esos inocentes viajeros, que pagan bien caro su afán de estudiar en su origen nuestras reconocidas originalidades.

Si asisten á una fiesta del país, cuyo programa bilingüe hace reír, conocen unas *andaluzas* y unos mozos *flamencos*, y unas guitarras, y unas palmas, y unos cantares, y hasta unas pendencias, que de todo hay en esas viñas, no del Señor, sino de los vividores del género citado, que así se parecen á los verdaderos como un borron á una miniatura.

Si buscan el complemento de sus observaciones en el estudio de nuestras artes, encuentran por todos lados, como si todos los artistas se pusieran de acuerdo para agotar el asunto, toreros en todas las posiciones de su interesante faena; toros que, como si estuviesen dotados de buen sentido y se asustasen de tamaña honra, pugnan por salirse del cuadro; y garrochas por aquí, y banderillas por allá, y sangre y percalina, para que encandilen con sus colorines, los ojos de los compradores.

Panderetas, acuarelas, lienzos, tablas, barro cocido, hasta las vitelas de los elegantes abanicos y hasta los bordados de los finos pañuelos, reproducen el inagotable asunto de los cuernos, amen de los toneletes con todos sus accesorios, y los calzones cortos y ceñidos que á la parte racional, por decirlo así, representada en la obra, le corresponden.

Saturados bien de este espíritu taurófilo, que ellos toman como legítimo por espíritu nacional, comienza el estudio práctico de las costumbres españolas, entre guitarras imitadas, *flamencos* que cobran por serlo, *cantaores* que desfiguran el *cante* á fuerza de acentuarlo, y bailarinas que hacen del baile un movimiento epiléptico, para hacerlo más notable.

Con esto, aprender á decir «¡Olé!» comer naranjas recién cogidas de entre el azahar; beber cañitas de manzanilla; cenar *soldados de pavia* (pedazos de bacalao frito), y comprar como recuerdo unas castañuelas, cualquier extranjero cree que conoce á España, y se atreve á retratar, copiando de los bosquejos nacionales que lleva en su álbum de viaje, la fisonomía peculiar de este originalísimo país donde se vive cantando, bailando, bebiendo, y jugando con los toros como si fuesen falderillos.

(Se continuará).

PATROCINIO DE B. EDMA.

LOS TRANSEUNTES

AVECILLA

I.

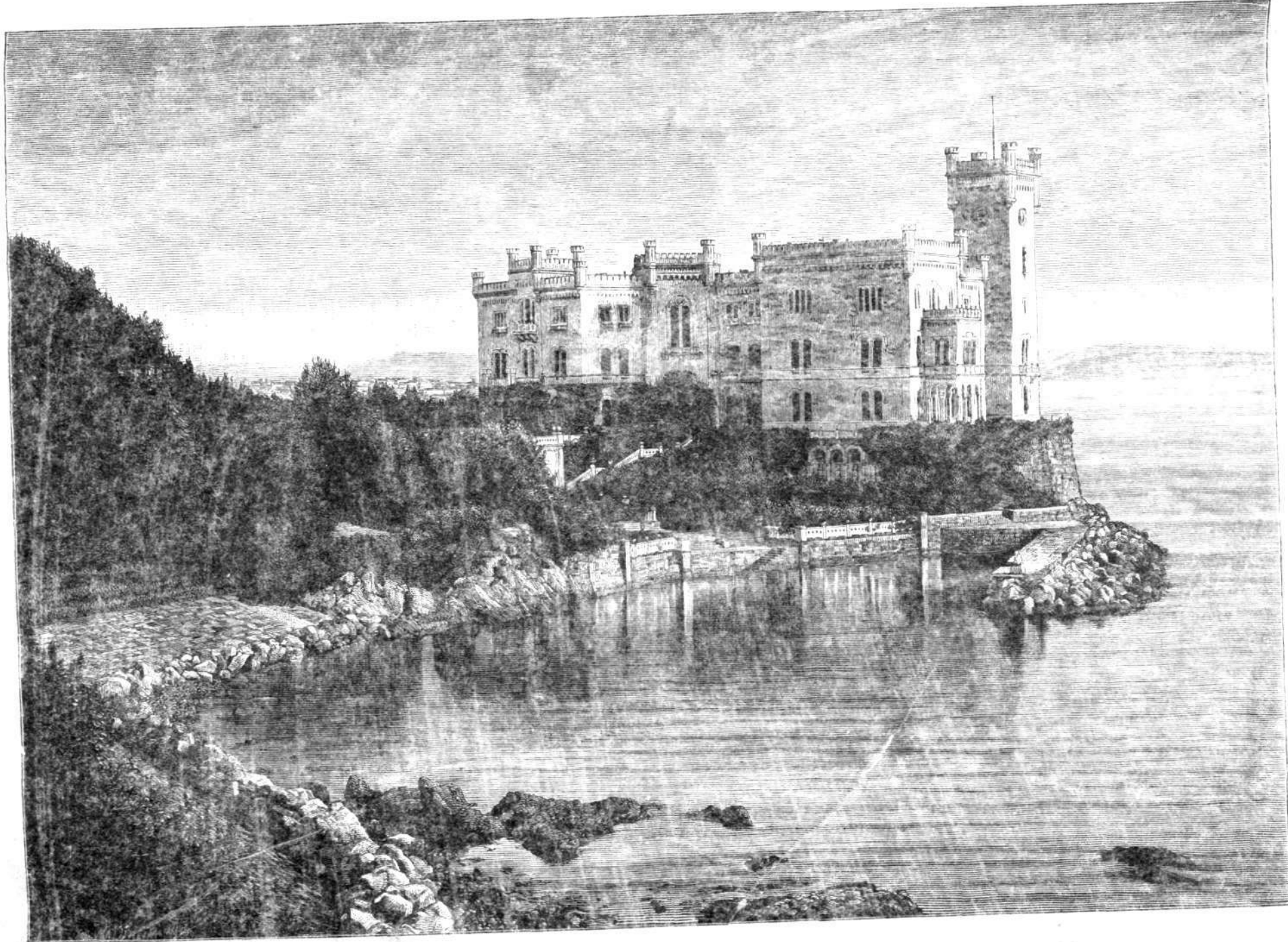
Don Casto AVECILLA había pasado del Archivo de Fomento, pero sin ascenso, á la dirección de Agricultura, y de todos modos seguía siendo un escribiente, el más humilde empleado de la casa. Los porteros, cuyo uniforme envidiaba don Casto, no por la vanidad de los galones, sino por el abrigo del paño, despreciabanle soberanamente. El fin-

gia no comprender aquel desprecio, creyéndose superior en jerarquía á tan subalternos personajes, siquiera ellos cobrasen mejor sueldo y tuvieran gajes que á don Casto ni se le pasaban por las mientes, cuanto más por los bolsillos. Cuando se le preguntaba la condición de su nuevo empleo, decía con la mayor humildad y muy seriamente que estaba en pastos, palabra con que él sintetizaba, por no sé qué clasificación administrativa, la tarea á que consagraba el sudor de su frente.

Era una tarde de las primeras frías de Octubre. El concienzudo AVECILLA terminaba la copia de una minuta concisamente escrita por el oficial de su mesa, y mientras limpiaba la pluma en la manga de percal inherente á su personalidad oficinesca, sonreía á la idea de un proyecto que desde aquella mañana tenía entre ceja y ceja. Almorzaba don Casto en la oficina y sin vino, por lo común, pero aquel día un compañero aragonés había dado á probar un Valdeñón que de Zaragoza le enviaron los suyos, y don Casto, que no solía probarlo, con una sola copa se había puesto muy contento, y hasta la tinta la veía de color de rosa. Y por cierto que decía:—¿Quién ha traído esta tinta tan clara? Es bonita para cartas de lechuguinos, pero no es propia de la dignidad del Estado.—Porque es bueno advertir de paso, que AVECILLA, muchos años después de haber comenzado su vida burocrática, había averiguado que lo que él había llamado el Gobierno siempre, no era precisamente quien le pagaba ni á quien él servía; supo, en suma, que existía una entidad superior llamada Estado, y que el Estado, es decir, yo, usted, el vecino, todos los ciudadanos, en suma, eran los verdaderos señores, pero no como particulares, sino en cuanto entidad Estado. Saber esto y engrirse el Sr. AVECILLA fué todo uno. Desde entonces se creyó una ruedecilla de la gran máquina, y tomó la alegoría mecánica tan al pie de la letra, que casi se volvía loco pensando que si él caía enfermo, y se paraba, por consiguiente, en cuanto rueda administrativa, las ruedecillas que engranaban con él se pararían también, y de una en otra llegaría la inacción á todas las ruedas, inclusive las más grandes é interesantes. Muchas veces, cuando salía al buen escribiente á paseo con su cara mitad y con su querida Pepita, hija única, de diez y siete años, iba pensando cosas así. Reparaba con pena el color de ala de mosca de la mantilla de su mujer; bien comprendía que el abrigo de Pepilla era raquítico, muy corto y atrasado de moda y desairado; y ¡qué lástima! precisamente la chiquilla tenía un cuerpo hecho á torno. Pero por muy bien torneado que tuviera el cuerpo, cuando apretaba el frío no había más remedio que recurrir al abrigo desairado y triston. Los pobres no siempre pueden lucir la hermosura.—Para ver á Pepilla hay que verla cosiendo en su guardilla, pensaba el padre, cosiendo en su guardilla, en verano, en enaguas, con un pañuelo de percal al cuello, la camisilla algo descotada, sudando gotitas muy menudillas por el finísimo cuello... y canta que cantarás... En invierno, la ropa mal hecha y no siempre hecha para ella, le roba á la vista algunos encantos... Pero todas estas tristezas que iba pensando por el paseo el señor don Casto se le olvidaban, como cosa baladí, cuando volvía á parar mientes en su propia personalidad administrativa.—En cuanto á mí, decía, soy un miembro intrínseco de la sociedad de que formo parte. Y se detenía un momento, y dejaba que madre é hija siguieran un poco adelante por contemplarse á su sabor en su calidad de miembro integrante (que era lo que él quería decir con lo de intrínseco) de la sociedad de que formaba parte. Llevaba siempre á paseo un gaban ruso, de color de pasa, del más empecatado género catalán que fue en el mundo protegido de aranceles. Ocho duros decía don Casto que había sido el precio de tan hermosa prenda, pero esto era una de las pocas mentirillas que él creía necesario decir en holocausto al decoro. El gaban había costado cinco duros y ya se había reenganchado varias veces, pues más de seis años atrás había cumplido el servicio y merecido la absoluta. Decía don Casto que no el Gobierno, sino los particulares eran los que debían proteger la industria nacional.—¿Que cómo? declamaba en su oficina dando un puñetazo no muy fuerte al pupitre (en ausencia del oficial). ¿Que cómo? Es muy sencillo; usando, como yo uso siempre, géneros españoles; y señalaba con el dedo índice de la mano derecha á su gaban ruso colgado de humilde percha y en esta actitud permanecía mucho tiempo.—No es el Estado, no, como entidad, el que debe cuidar las industrias, somos nosotros, los que debemos consumir constante-



DAR DE BEBER AL SEDIENTO



MIRAMAR

e y cueste lo que cueste, los productos nacionales. Así se hermana la libertad con la prosperidad nacional. Es preciso confesar que Aveçilla, aunque modesto por condicion, sentía gran orgullo al contemplarse inventor de esta graciosa componenda del libre cambio y el proteccionismo. Leía los periódicos y al llegar el verano sabía encontrar noticias como esta: «Los duques de las Batuecas han salido para Biarritz.»—¡Fuego en ellos! gritaba don Casto; esta nobleza, esta respetable nobleza, sí, muy respetable, por otra parte, no conoce sus intereses: así se protege la prosperidad nacional! Ir al extranjero... dejar allí todo el dinero de la nacion... no en mis días, no iré yo á vestirme al extranjero. ¿Pues y las modas? ¿Y las señoritas que encargan sus trajes á París? Aborrecía don Casto *Le bon marché* y *Le Printemps* con toda su alma, tanto, que una vez que le hablaron del Barbero de Beaumarchais:—¡No me hablen de ese comerciante!—gritó tomando al poeta por el comercio parisiense.—Mi hija no encarga, no, sus vestidos á esos establecimientos, que viste española, y como española... lo mismo que su padre.

(Se continuara.)

CLARIN.

A CIERTA DAMA

QUE SIN CONOCERME ME PIDIÓ VERSOS

SONETO

Si acaso un trovador habeis soñado
blondo, sentimental y zalamero,
la capa recogida en el acero
y á la cintura el bandolín dorado,
Ese tal no soy yo; vate cansado
á quien el mismo Abril parece Enero
canto ya con permiso del casero,
y dejo estar las flores en el prado.
Si alguna vez al cielo me remonto
nunca de mis esfuerzos hago alarde,
prefiriendo ser tímido á ser tonto;
Y con esto, señora, Dios os guarde,
¡que ó yo me he muerto demastado pronto,
ó vos nacisteis demasiado tarde!

MANUEL DEL PALACIO.

NUESTROS GRABADOS

LA ABUELA.

Dícese comunmente del hombre inmodesto que á sí mismo se alaba continuamente: *Ese no tiene abuela*, y pocas frases hay tan exactas y gráficas como la citada. Si alguna persona puede querer más que la madre, es la abuela, *dos veces madre*, según otro conocido axioma.

Vedla, en el primero de nuestros grabados, y os convencereis de ello. El nietecillo está enfermo, á duras penas se consigue hacerle permanecer acostado, y la abuela, sentada al pie de la cuna, procura entretenerle con inagotable paciencia, ora refiriéndole un cuento, ora mostrándole un muñeco que pocas horas antes le ha comprado.

Como tiene abuela el autor del cuadro, hemos de decir nosotros que éste es precioso y delicado y que las figuras están llenas de verdad y animación, seguros de que los lectores convendrán en ello, en vez de encargarnos, con incrédulo acento, que se lo contemos á nuestra abuela.

DAR DE BEBER AL SEDIENTO.

PALOMA CORREO.—EL TOCADO DE LA NIÑA.

Una niña que calma la sed de su hermanito, mas pequeño que ella, haciéndole beber, en una gran concha, el agua que acaba de coger en la corriente del río; una joven candida como la paloma, sirviéndose á sí misma correo, para lanzar un billete amoroso que sin duda llegará en pocos segundos á su destino; una niña que, apenas ha abandonado el lecho, pasa á anciana de una camarera, para sufrir, con no mucha resignación, las operaciones de limpieza tan recomendadas por la higiene; tales son, respectivamente, los asuntos de las láminas que figuran en las planas cuarta y última del presente número de la ILUSTRACION IBÉRICA, y del grabado suelto que le acompaña.

MIRAMAR.

El castillo de Miramar, situado en la Istria (Austria) en la costa del Adriático de su importancia histórica á los hechos que produjeron la elevación o de Méjico del infortunado archiduque Fernando José Maximiliano, citó en dicho castillo, el 3 de octubre de 1863, á la diputación mejicana á ofrecerle la corona imperial, que no aceptó hasta el 10 de abril

del año siguiente, firmando allí también, en el mismo día, con un representante de Napoleón III, un convenio al cual se faltó de un modo inicuo por parte del soberano francés.

Maximiliano, dispuesto á abdicar la corona el 7 de julio de 1866, en vista de la resistencia que encontraba en los mejicanos á aceptarle por emperador y de la inculcable conducta de Napoleón, desistió de ello á ruego de su esposa, la emperatriz Carlota, quien se encargó de llevar a cabo una delicada misión diplomática en París y Roma, misión que no produjo más efectos que el tristísimo de hacer perder la razón, á causa de las emociones sufridas, á la esposa de Maximiliano.

Y mientras éste, abandonado por los extraños, era vendido por los suyos y entregado en Querétaro, por el traidor López, á Juárez y mientras un consejo de guerra, siguiendo la máxima de Cromwell, según la cual *no se debe tocar á los reyes más que en la cabeza*, hacía fusilar al emperador, en unión de sus dos fieles servidores, los generales Miramón y Mejía (19 junio 1867), la esposa de Maximiliano, aun en medio de su locura, esperaba con ansiedad en Miramar el desenlace de la desigual lucha entre un hombre y un pueblo.

Y las noticias que la princesa esperaba tardaban en llegar, se retrasaban indefinidamente, pues nadie quería participarle la fatal nueva, y aquella esposa amante debió llenar no pocas veces con sus hondos suspiros las estancias del castillo y aumentar con sus lágrimas el caudal de las aguas del Adriático, que bañan la altura sobre la cual está edificada la fortaleza.

«Castillo de Miramar!
¡Castillo de la amargura
te has de venir á llamarme!...»

Tal dijo en una de sus más inspiradas composiciones D. José Zorrilla. Y, en efecto, la historia debe designar con ese nombre el citado castillo.

¿ESTÁ EN DECADENCIA NUESTRO TEATRO?

I. Algunos escritores, muy bien intencionados y muy discretos, dándose ahora á dilucidar la cuestión de la decadencia de nuestro teatro. Como de ordinario acontece, hay en el asunto distintas y aun contrarias opiniones: pretenden unos que la decadencia del teatro español es evidente y asientan el hecho como premisa indiscutible, axiomática; sostienen otros que el estado de nuestra literatura dramática es hoy por todo extremo satisfactorio, sin que falte quien, adoptando temperamento conciliador, opine que tienen razón en parte unos y la tienen en parte otros: que el teatro español contemporáneo, sin haber llegado al lastimoso estado de postración y abatimiento que muchos pintan, se encuentra efectivamente maltrecho, y que, no obstante, sin llegar á la importancia que en otras épocas ha logrado, puede sostener dignamente y aun con ventaja notoria, la comparación con los teatros de otros países.

Admiro sinceramente la agudeza de ingenio de los aficionados á las soluciones eclécticas, pero el eclecticismo no me seduce. Yo tengo en esto mi opinión y no he de ocultarla. Creo que, en realidad, el teatro español decae de una manera visible. ¿Es esto, por ventura, el efecto pasajero de causas pasajeras también? ¿Es, por el contrario, síntoma de un mal permanente que anuncia, para plazo no lejano, la muerte ó la transformación completa de esa manifestación del arte? Me inclino á creer lo último: el tiempo, ese demoledor infatigable y paciente, que trabaja constantemente, sin apresurarse nunca, sin detenerse jamás, imposible y tranquilo porque es eterno, lo transformará todo; instituciones y creencias que parecieron indestructibles han desaparecido á su paso; pueblos poderosos, opulentos monarquías, maravillas del esfuerzo humano, populosas ciudades que fueran orgullo y gloria de cien generaciones, son, como dice el poeta:

¡Campo de soledad, mustio collado!...

El teatro no puede sustraerse á esta ley general: como todo lo que ha sido, como todo lo que es, está llamado á desaparecer. Sufrir hoy los achaques inherentes á la decrepitud; tal vez algún destello, recordando pasadas lozanías, hace que nazca esperanza engañosa de verle renacer á nueva vida: no puede ser; el tiempo no retrocede; el anciano no recobra jamás la juventud perdida; esos destellos, efímeros siempre, y cada vez más raros, son los resplandores últimos de la luz que se extingue. Esa decadencia que nosotros advertimos en nuestro teatro nacional porque es el que más nos interesa, se advierte igualmente en los teatros de otros países. La regla es general y no padece excepción.

Ocurre frecuentemente que, cuando experimentamos la desgracia de perder á personas queridas, el dolor nos hace injustos; asociamos, tal vez, al doloroso recuerdo de aquella

desgracia los nombres del médico que le asistió en su enfermedad sin lograr la fortuna de curarle; los de amigos ociosos, tan serviciales como poco discretos, que aconsejaron el empleo de tales ó cuales recursos empíricos para combatir la dolencia; y ora achacamos á la ineptitud del médico de cabecera, ora á la desidia de un servidor, la desgracia que profundamente nos ha herido. Es posible que, en determinados casos, haya razón y fundamento para nuestras sospechas; pero seguramente en muchos otros reducese todo á que, como vulgarmente se dice, el mal vino derecho y no había contra él remedio alguno en lo humano; y de lo sobrehumano no hay que hablar ahora.

Algo parecido á esto ocurre en el asunto de la decadencia del teatro: quien afirma que el mal gusto del público tiene la culpa de todo; que otro asegura que solamente han tenido responsabilidad escritores chules y poetas hueros que abastecen al teatro de chocarrerías insulsas ó desvergüenzas de mal gusto; éste la toma contra los críticos, á quienes nombra envidiosos, eunucos de la inteligencia, destructores del trabajo ajeno, aquel otro la emprende contra los actores, cuyas ridículas pretensiones y cuyas injustificadas exigencias son, según él, la causa única del mal que todos igualmente deploramos.

En mi concepto hay un poco de exactitud y un mucho de exageración en cada una de estas creencias: autores, actores, críticos, público y revisteros (que no son precisamente críticos aunque lo parecen), son causas ocasionales, más ó menos eficaces, del mal; de todos podría decirse con justicia con el insigne Lista:

..... «¡Gemid humanos!

¡Todos en el pusisteis vuestras manos!»

O descendiendo á terreno más inculto, —no sin pedir perdón á los lectores por lo ramplón de la cita:—«*Entre todos la matamos y ella sola se murió*,» que suele decir el vulgo para indicar que han contribuido varios á cometer desaguisado ó hacer entuerto.

Es innegable, para mí, que todos, público y actores, empresarios y poetas, críticos y gacetilleros, contribuyen poderosamente á precipitar la ruina inevitable de nuestro teatro. Estos culpan á esos; aquellos hacen responsables á estotros y es la verdad que á todos alcanza parte de culpa y todos tienen ineludible responsabilidad. Examinar la que á cada uno corresponde me propongo, en este trabajo, acometido sin grandes esperanzas de conseguir dichoso éxito, pero con propósito decidido de proceder con innegable rectitud.

(Se continuará).

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

SOBRE LA TEORÍA MODERNA DEL CALOR

GRANDES UNIDADES DEL MUNDO MATERIAL

I. Dos extremos debe armonizar la ciencia, así en el orden moral como en el orden físico: la infinita variedad de los fenómenos, y la unidad de la ley; y ésta es, en efecto, la tendencia de la física moderna.

Agrupar hechos, al parecer distintos, dentro de una misma teoría; hallar la expresión sintética que los abarca y los explica; elevarse, en una palabra, de la variedad á la unidad, es la marcha, —quizas instintiva, pero profunda y filosófica,—que siguen, y la idea á que obedecen la mayor parte de las teorías modernas. La Física, casi en su totalidad, tiende á convertirse en una gran aplicación de la Mecánica: la materia y el movimiento explican hoy la mayor parte de los fenómenos naturales, que corresponden al orden físico, y aun,—exagerando quizás este principio y llevando el espíritu de sistema al último extremo,—hay quien pretende poner en claro los hechos de la Química por el juego de las fuerzas físicas: como hay otros que, salvando la valla, pretenden, con lamentable ceguera y exageración manifiesta, explicar con los átomos y las leyes materiales los grandes arcanos de la vida y del pensamiento, substituyendo de esta suerte un esteril y viejo atomismo á las elevadas y sublimes concepciones de la Metafísica.

Dejando aparte problemas ajenos á nuestro objeto, y limitándonos al estudio de los fenómenos físicos, es decir, de todos aquellos en que la esencia íntima de los cuerpos no varía, es innegable que esta especie de fusión de fenómenos aislados, y al parecer radicalmente distintos, en una sola general que los identifica y que se expresa por una gran ley, es un importantísimo adelanto tanto mayor, en el caso que nos ocupa, cuanto de este

Física viene á ser una especie de Física molecular, sujeta al

análisis algebraico, y recibiendo de la ciencia de la cantidad y del órbitimo grado de perfección.

II.—Aclaremos aún más las ideas que preceden, y procuremos, á entrar de lleno en el objeto de este artículo, poner de manifiesto es deencia de las teorías modernas, á identificar, en una sola hipótesis, feno entre los cuales, por mucho tiempo, no se sospechaba que pudiera existir la de union, ni relación alguna, ni la más remota analogía.

Presentaremos á este fin varios ejemplos:

La luz y todos sus maravillosos efectos se explican hoy con admirat, facilidad por la teoría de las vibraciones.

Un éter sutilísimo,—que llena los espacios y envuelve á los astros, tra en nuestra atmósfera, y aun en los mismos cuerpos que cubren la fície del globo,—vibrando bajo la acción de ciertas fuerzas, y en deteri condiciones, y extendiéndose en *avignificas ondas*, como en la superficie mar se extienden y se propagan las olas que levanta el viento: *he aquí* según la ciencia moderna.

La amplitud de las vibraciones elevans, su rapidez, su forma, su dirección la influencia que sobre ellas ejercen los medios en que se propagan, son cau sas y condiciones particulares que explican por leyes sencillas, regulares matemáticas, todos los varios accidentes de los fenómenos luminosos, á saber: la intensidad de la luz, los colores, la polarización, la doble refrac cion, la dispersion y mil otros curiosísimos hechos, hasta hoy, muchos d ellos al menos, apenas comprendidos.

Los grandes fenómenos de la óptica, diversos á primera vista, e infinito en sus apariencias, son, pues, formas varias de una idea, fases diversas d un solo hecho: la vibración del éter.

(Se continuará)

JOSE ECHEGARAY.

ORÍGENES ORGÁNICOS DEL ARTE

Uno de los hechos más característicos del arte y el primero observa los críticos, fue la imitación, llegando hasta considerar esta como u recurso del arte para realizar ó dar forma expresiva á la belleza; pero guno de cuantos observaron tal fenómeno, consiguieron investigar su gen psicológico y mucho menos determinar las condiciones biológicas aparato sensitivo.

En primer lugar, la imitación resulta de la necesidad de reprodi aquello que nos agrada ó impresiona profundamente: proviene de una a tación recibida del mundo exterior y este primer carácter nos inc procedencia fisiológica. El Dr. Luys, fundado en los trabajos de Sequard, de Berard y de Beauvilliers, determinó la acción de los nerv latinosos que presiden las sensaciones inconscientes de influjo excito- La imitación es una propiedad del organismo y el germen de las aptu y de las manifestaciones del arte. Púedese afirmar que la actividad de l celulas gelatinosas, como focos de influjo excitomotor, provoca muchas veces y su motivo determinante de la voluntad, ese ejercicio específico de las fun ciones que se verifica no sólo en el hombre, sino también en algunos ani males inferiores.

De este orden de excitaciones, obtuvo el hombre una serie de manifest ciones que convirtió en voluntarias y tan importantes como los productos l la razón. El arte no ha sido menos civilizador que la ciencia y preceda esta por su origen automático, anterior al empirismo, que es de fin críti. Al automatismo espontáneo se debió que los hombres repitiesen sin moti los cantos tradicionales, que su memoria, en ejercicio específico, recordase mantuviese la integridad de la tradición y las costumbres, ya no compre didas; que ejercitase su facultad locomotiva en la danza; que procurase l producir la imagen de lo que vela por medio de una imitación servil, cor se observa en el arte chino, ó por una imitación que se tornó metódica gresiva, como en la estatuaría y en la arquitectura de la Grecia, c escuelas fueron guardadoras y depositarias de estos progresos transm Los juegos de los niños, como una gran parte de las parodias de las pe has y de los actos sociales hechas entre el pueblo, dieron origen á las t mas del arte dramático, en todas las civilizaciones. Este gran hecho que h se conoce por las altas manifestaciones de los genios, proviene de la misr causa fisiológica que impulsa á un hombre á imitar á otro, cuando le adm ra, y al tierno infante á afectar las maneras de las personas de mayor ed La imitación no es el objeto del arte, pero sí la primera manifestacion c nica de esas celulas nerviosas que, coadyuvando á los actos mentales c automatismo, en el largo decurso de la historia, vienen á producir el portante creación sociológica del arte.

(Se continuará).

TEÓFILO DE BRAGA.

EL MANJAR DEL DESIERTO

Es una tradición piadosa. Cuando los israelitas a saron el desierto, antes de llegar á la tierra de pro en aquellas vastas soledades que se dilatan desde al Garizim, la escasez y el hambre acosaron á las gitivas de Faraon, deseosas de pisar la comarca de extenderse y repartirse hasta Damasco, el

LOS HÉROES DEL VULGACHO

Declaro, benevolo lector, que el título que encabeza estos renglones, no me llena. Aunque aficionado al castellano de rompe y rasga, suena mal a mi oído, y quizás no determina bien la materia objeto de este estudio.

Mejor, mucho mejor sería decir *Los héroes populares*, una vez que la Academia entiende por popular cuanto toca ó pertenece al pueblo ó a la plebe, y plebe es, en la lengua de Cervantes, el estado llano, y estado llano el común de los vecinos de un pueblo, con exclusión de cuantos trascienden á aristócratas ó privilegiados. Pero, ¿quién no en-

tendería por héroes populares, los grandes genios que personifican las glorias, las proezas, las aspiraciones, las penalidades y aún las virtudes y los vicios de una nación? Las multitudes, que dignificándolas como se merecen, decimos pueblos, alcanzan tan alta significación, que por doquiera el populacho, y por eso no digo tampoco *héroes del populacho*, es la antítesis del pueblo y aun su negación.

De mí sé decir, que examinando esta sociedad castellana, de hoy y de antes, encuéntrala dividida en dos grandes porciones. Una, la menor en número, constituyenla, no precisamente los favorecidos por la fortuna, sino los que viven a la *dernier* y dichosos en ser influidos por usos y costumbres de *extranjis*, decían ya a fines del siglo último *toilette, petit y pas des deux*, y hoy añaden *high-life, parrená y crème*, que es la sociedad que se queda en casa y tira al *pi-chon*, y veranea en Biarritz y se renue-

va por *siete-mexinos*, y que de todo en todo semejante á la que constituyen las damiselas, los lindos y los abates abnibarados, dio paso á la de armas tomar de Maria Luisa, Maouliito Godoy y Costillares.

(Se continuará).

MIGUEL MORAYTA.

ADMINISTRACION. Establecimiento editorial de D. Ramon Molinas,

Córces, 365 y 367.

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.



HELOXA CORREO

cuanto pintoresco valle bañado por el Jordán, es de un cielo inclemente, que en el estío de los calurosos rayos y en el invierno embriase de nubes, daban el sol, vertiendo sobre la tierra nieves. Huvias, diezaban á aquel pueblo emigrante, mal arigado y defendido por la tienda de pieles de cabra, forrada á usanza y estilo de los pastores nómadas bajados desde la Etiopía al Egipto. Pero á todas las incómodidades de su viaje larguísimo, por un país árido y arenoso, añábase la carez de víveres tanto más incómoda cuanto que las naciones, por las que atravesaban, consideraban á los israelitas como usurpadores odiosos y como exterminables enemigos. Es verdad que aún los excedían en odio los is-rititas, que en su exclusivismo de pueblo elegido por Dios, fetestaban al extranjero como á miserable sér, imputo maldecido.

Pero el entusiasmo fanático que les lentaba no podía disminuir, porque se más tibia se ardere ante la contemplación de hechos milagrosos que revelan una protección providencial y un divino auxilio. En la estación festival, una blanca nube que precedía en la noche, les envol- en su sombra; la oscuridad de noche, una co- rona de fuego les unicaba su luz; por las llamas abrasadoras de desiertos are- los habían tran- tado sin tregua, y al ardor de la canícula acrecentado por la rapidez de la marcha, las rentes sudorosas y as fauces secas, sfallecian rendi- os por el cansa- o y la sed, basta- a que la vara del fe hiriese en la y enhiesta ro- que brota- al cristali- y abundante. Y r último, cuan- o agotados los re- rsos que en la recipitacion de su ida pudieron par: sin un solo

de trigo que dejar sobre la arena para pasto de las aves extraviadas; sin un solo cordón que poder en- gar á la tribu de Levi para quemarlo en el ara del sacrificio... cuando las fuerzas perdidas, las faces pálidas y des- ajadas, los ojos vueltos hacia atrás con fámolica triste- suspiraban y gemían por aquel país en que habían do la esclavitud opresora que abate y atormenta al no- le espíritu, á la par que el alimento cotidiano que for- ce y restaura la debilidad del miserable cuerpo... en- s, á las primeras horas de la mañana, antes de que el antara la frente enrojecida sobre aquel horizonte y desierto, caía del cielo una abundosa lluvia de ar inusitado y extraño, sabrosísimo al paladar y go nutritivo.

(Se continuará)

RICARDO BLANCO ASINJO.

ESTABLECIM

CO DE